6736

MARÍA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. JOSÉ MARÍA NOGUÉS

Representada con extraordinario éxito en el teatro de la Comedia en la noche del 31 de Enero de 1876.

MADRID: 1876.

Establecimiento tipográfico de EL GLOBO,
dirigido por José C. Conde.
Caños, 1.

17

MARÍA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. JOSÉ MARÍA NOGUÉS

Representada con extraordinario éxito en el teatro de la Comedia en la noche del 31 de Enero de 1876.

MADRID: 1876.

Establecimiento tipográfico de EL GLOBO,
dirigido por José C. Conde.
Caños, 1.

AL EMINENTE ARTISTA ROBERTO V. STAGNO,

Recuerdo cariñoso de

José María Moguès.

El año 1838 apareció en Francia una obra con el título de *Un ange au sixiéme étage*, cuya fábula ha servido de base para el argumento de la presente comedia. Con el fin de darle color local, he tenido á la vista un libro intitulado *Memorias del Teniente general D. Fernando Fernandez de Córdova, sobre los sucesos políticos ocurridos en Madrid en los dias* 17, 18 *y* 19 *de Julio de* 1854.

El diálogo, los caracteres, muchas situaciones, y el desarrollo de las escenas, son completamente originales.

J. M. Vegués.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA.....	Doña Dolores Fernandez.
MANUEL.....	Don Emilio Mario.
D. FERNANDO, Capitan de Estado Mayor.....	E. Sanchez de Leon.
ANTONIO, Asistente de Don Fernando.....	Eduardo Lara.
Hombres del pueblo (1). 1.°..	Isidoro Bardo.
Hombres del pueblo (1). 2.°..	Fermin Valle.
Hombres del pueblo (1). 3.°..	Eugenio Cámara.

Madrid. Julio, 1854.

ADVERTENCIA.

En los teatros de provincias se encargarán del desempeño de esta obra, como ha sucedido en el de *La Comedia*, de Madrid, los primeros actores, sin cuyo requisito el autor no consiente la representacion.

(1) Los directores cuidarán de que estos papeles se repartan, no á racionistas, sino á actores que no hagan decaer las escenas por falta de entonacion y colorido.

ACTO ÚNICO.

Buhardilla. Dos puertas: una en el foro, y otra á la izquierda, que figura ser la de la alcoba donde duerme María. Enfrente de la puerta de la alcoba, una cómoda con un vaso de flores. Entre la cómoda y el rincon de la derecha (actor) una ventana, á la cual hay que asomarse con el auxilio de una silla para ver la calle. En la pared, encima de la cómoda, un espejo no muy grande y antiguo. Una mesa, á la derecha de la puerta de entrada, con dos vasos y un jarro con agua. Seis sillas de Vitoria.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA abre la puerta del foro con llave, y, sin cuidarse de cerrarla, entra precipitadamente en escena.

¡Jesús! (Sentándose en una silla)
Llego sin aliento.
No he querido que me viera
entrar, y se me figura,
que, aunque he agotado mis fuerzas,
corriendo como una loca,
no he conseguido mi idea.
¡Qué persecucion! No basta
que aplicando la estrategia
altere el itinerario
desde mi casa á la tienda.

672407

Ese oficial no es un hombre;
es un pachon con espuelas,
que, á respetable distancia,
por lo visto, me olfatea,
y me sigue, y me persigue,
y yo suelo verme negra,
para evitar sus piropos,
y que mi nombre ande en lenguas
de la gente que se cuida
de lo que no le interesa.
Además, si, por desgracia,
Manuel, mi novio, se entera,
y sus celos se alborotan...
¡Dios nos la depare buena!...
Quiero ver si se ha marchado,
ó si está de centinela...
(Subida en una silla, mira por la ventana á la calle.)
No hay nadie: ¡me alegro mucho!
¡Qué soledad! ¡Qué tristeza!
Dicen que vá á haber *jarana*,
(Bajándose de la silla.)
y como aquí ya es moneda
corriente... ¡mucho me temo!...
Las calles están desiertas.
En buena ocasion se ha ido
mi prima Lola á Vallecas.
Bajaré á comprar garbanzos,
y pan, y algunas frioleras,
por si algo ocurre, que el hambre
no me obligue á abrir la puerta.
(Vá á salir, y al llegar á la puerta aparece D. Fernando, de uniforme.)

ESCENA II.

LA MISMA y D. FERNANDO.

FERN. ¡No me engañé!
MARÍA. ¡Caballero! (Sorprendida.)
Márchese V. (¡Qué imprudente!)

FERN. Déjeme V. que me siente
cinco minutos primero.
(Va á coger una silla, y se le anticipa María para evitar que se siente.)
Vine corriendo...
(Como para decidir á María á que le deje sentarse.)
MARÍA. Lo sé.
Ruego á V. que se retire.
FERN. Déjeme V. que respire,
aunque respire de pié.
¿Soy por eso un atrevido?
MARÍA. Sí señor.
FERN. Pues bien: lo soy;
pero de aquí no me voy
sin decir á qué he venido.
(María dando á entender que se resigna á oirle para que se vaya pronto.)
Escucho.
FERN. (Animado.) Gracias á Dios:
la bondad de V. alabo;
V. verá como, al cabo, (Con picaresca malicia.)
nos entendemos los dos.
MARÍA. (Señalando la puerta: con sequedad y tono imperativo.)
¡Salga V!
FERN. ¡Otra te pego!
¿Pues qué he dicho? Que, á mi ver,
nos podremos entender,
porque no hablamos en griego.
MARÍA. ¡Ya!
FERN. Resulto castigado,
y en nada se me disculpa,
cuando tiene V. la culpa
de todo cuanto ha pasado.
MARÍA. (Sorprendida.) ¿Yo?
FERN. Si pruebas necesita...
MARÍA. ¿Salimos con esa ahora?..
FERN. La tiene V., sí señora.
¿Por qué es V. tan bonita?..
Y siéndolo me parece...

MARÍA. (Interrumpiéndole.) Que no debe V. seguir.
FERN. Pues lo voy á repetir,
porque V. se lo merece.
MARÍA. Suplico á V. que no siga.
FERN. ¿Que no siga? ¿Por qué no?
MARÍA. Muy sencillo: porque yo
tengo ya quien me lo diga.
FERN. Tal vez algun majadero...
MARÍA. (Con marcadísima intencion.)
No los oigo por mi gusto.
FERN. (Continuando.) Tez morena; ceño adusto...
MARÍA. Se engaña V., caballero.
FERN. Preso de amor en la red,
puedo asegurar que ignora
los encantos que atesora
una jóven como V.
MARÍA. Conforme: bonito ó feo,
con talento ó sin talento,
para mí es cada momento
un siglo, si no le veo.
Y como puede venir,
y es más robusto que un haya,
le ruego á V. que se vaya,
por lo que pueda ocurrir.
FERN. A salir no me persuade
el riesgo que sobrevenga;
nada me importa que venga;
me importa que V. se enfade.
Porque, en verdad, no he venido,
aunque peque de molesto,
para ver siempre ese gesto,
y ese entrecejo fruncido.
Vine con buena intencion,
dulce esperanza abrigando,
y salgo de aquí llevando
desgarrado el corazon.
MARÍA. ¿Desgarrado?
FERN. Sí.
MARÍA. ¿Que escucho?
¡Pobrecito!

FERN. Sí señora.
MARÍA. ¿A que salimos ahora
con que V. me quiere mucho?
FERN. Mal hace V. en burlarse:
pues qué, ¿no puedo yo amar?
MARÍA. ¿Qué quiere V. apostar,
á que V. viene á casarse?..
FERN. (Acercándose á María con tono familiar y cariñoso.)
Entendámonos: primero
conviene reconocer
la posicion... puede haber
emboscada. (Tomándole una mano.)
MARÍA. (Retirándola: con dignidad.) ¡Caballero!
FERN. Ya he dicho que no he subido,
cuando mi fin es modesto,
para ver siempre ese gesto,
y ese entrecejo fruncido.
MARÍA. Es que...
FERN. Ruego á V. que calle.
MARÍA. Quien á tanto se propasa,
puede que al ama de casa
plante en medio de la calle.
FERN. ¿Llama V. casa á este nicho?
MARÍA. No la he de llamar palacio.
FERN. ¿Por qué en tan pequeño espacio
se alberga V.?..
MARÍA. ¡Por... capricho!
FERN. ¡Qué muebles!
MARÍA. ¡Qué quiere V!...
FERN. Que los tenga V. mejores.
Sillas rotas... mesa... flores...
y un espejo en la pared.
Diré, aunque V. no lo crea,
que me enoja y que me irrita,
que una cara tan bonita
se mire en luna tan fea.
MARÍA. Deje V. ese cuidado,
que eso corre de mi cuenta:
estoy con él muy contenta,
porque yo me lo he comprado.

De esa manera, señor,
aunque tan pobre y tan viejo,
cuando me mire á ese espejo,
me miraré sin rubor.

FERN. (¡Qué mujer tan especial!)
(Toques de tambor.)
¿Qué es eso?

MARÍA. Un tambor que llama.

FERN. Muy cerca de aquí reclama
mi presencia esa señal.
(Acercándose á María resueltamente y como si la inteligencia entre los dos fuera completa.)
En resúmen...

MARÍA. (Sin mirar á D. Fernando.) ¿Qué?

FERN. ¿Sí, ó no?

MARÍA. Lo segundo. (Con calma.)

FERN. ¿Formalmente?

MARÍA. Que el tambor está impaciente.

FERN. (¡Qué chasco me llevo yo!
¡Paciencia! ¡Cómo ha de ser!
Toquemos á retirada:
al verla tan despegada,
me interesa esta mujer.
Bueno será que mi amor
nuevos planes organice...)
Por último: ¿V. qué dice?

MARÍA. Que está impaciente el tambor.

FERN. (Nada: he perdido un albur.)
Sepamos qué pasa ahora.
(Disponiéndose á marchar.)
A los piés de V., señora.

MARÍA. Beso á V. la mano.

FERN. (Al desaparecer.) Agur.

MARÍA. Se ha conducido de un modo,
tan extraño y singular...
Y para ser militar
no es manilargo del todo.

ESCENA III.

MARÍA.

Se me olvidaba. Cerremos,
(Cierra la puerta con cerrojo.)
que es lo que más nos importa.
Ese tambor dice á voces,
que la villa se alborota.
Si es natural, si del pueblo
cuando la paciencia agotan
es sabido el resultado:
nadie el trabajo se toma
de oir sus reclamaciones,
y suceden estas cosas.
(Sonriendo.) Si alguien me oyera, diria
que son extrañas é impropias
de una humilde costurera
mis reflexiones... Ahora
lo que me conviene, es ver
el estado de mi bolsa.
¡Dos pesetas! Es preciso
que salga á ver si en la otra
tienda me dan el importe
de lo que he cosido. Pocas
ganas tengo... Es bien seguro
que ya están llenas de tropas
las calles... y si no salgo,
y empieza á rodar la bola,
y hay tiros, me quedo entónces
sin municiones de boca,
como dice algunas veces
mi Manuel. Soy una tonta:
me decido: lo primero
es cuidar á la persona... (Llaman á la puerta.)
Han llamado. (Acercándose á la puerta.)
¿Quién?

MAN. (Fuera.) María.
MARÍA. Manuel.
MAN. Abre.

MARÍA. No: estoy sola.
MAN. ¡Caramba! ¡Y cuánto lo siento!
MARÍA. ¿Cómo has venido á estas horas?
MAN. ¡Hay novedades!
MARÍA. ¿De veras?
¿Hay novedades?
MAN. ¡Y gordas!
MARÍA. Explícate.
MAN. ¿Dando voces?
¿Dónde está tu prima Lola?
MARÍA. Anoche se fué á Vallecas.
MAN. Siendo así... me marcho. Toma,
no, es decir, aquí te dejo
junto á la puerta una cosa.
MARÍA. (¡Qué diferencia del otro!
El *¡qué dirán!* no me importa:
nadie guarda á una mujer,
si no se guarda á sí propia.)
MAN. ¡Adios!
MARÍA. Espera.
MAN. (Vivamente.) ¿Me llamas?
MARÍA. Sí: como soy tan curiosa, (Abriendo.)
y has dicho que hay novedades...
(Viendo entrar á Manuel.)
(Riéndose.) ¿Qué es eso? ¿Vas á la toma
de Sebastopol?
MAN. ¿Te burlas?
Estos chismes hoy no estorban.
(Manuel entra en escena con un fusil al hombro, sable y bayoneta, sujetos por una correa á la cintura, y en una mano trae un cesto, y en otra un kepis. Viste blusa y gorra.)

ESCENA IV.

MARÍA y MANUEL.

Me he encontrado ántes de entrar
á mi compadre Garrido,
y al verme así, me ha ofrecido

esta prenda militar.

(Muestra el kepis, el cual se pone, dejando la gorra sobre una silla. Despues deja el fusil en un rincon.)

Se han tomado las esquinas,
cada cual está en su puesto,
y aquí te traigo este cesto
con huevos, pan y sardinas.

(Lo pone sobre la cómoda.)

MARÍA. Muchas gracias. ¿Qué ha pasado
que vienes tan prevenido?

MAN. Que el ministerio ha caido,
es decir, lo hemos echado.
Se trabaja con ahínco,
porque quiere la nacion
rasgar la Constitucion
del año cuarenta y cinco.

MARÍA. ¿Y á tí, quién te ha aconsejado
el meterte á redentor?

MAN. Soy prensista de *El Clamor*,
y ya estoy civilizado.

MARÍA. ¿Y qué vas á defender?
Mi pregunta no te asombre.

MAN. ¿Yo?... Los derechos del hombre,
y á más los de la mujer.

MARÍA. ¿Contra quién?

MAN. Contra el que intenta
vejarnos más cada dia:
el silencio equivaldria
á transigir con la afrenta.
Los que viven del turron,
que es siempre gente holgazana,
y los que visten sotana,
han perdido á esta nacion.

MARÍA. Sabes que es cosa probada,
que, aunque ocurran mil sucesos,
el pueblo chupa los huesos
sin oler ni una tajada.

MAN. Son ciertas esas razones,
y nada opongo en contrario:
por lo mismo es necesario

castigar á los glotones.

MARÍA. Manuel, fija tu atencion:
aunque el motin pronto estalle,
tú no sales á la calle.

MAN. (Rectificando.) No es motin: sublevacion.

MARÍA. Renuncia á tu patriotismo.

MAN. ¿Qué estas diciendo? ¡Jamás!

MARÍA. ¿Qué provecho sacarás,
si te rompen el bautismo?

MAN. Muy fácil pudiera ser;
por eso he venido aquí
á despedirme de tí,
por si no te vuelvo á ver.

MARÍA. Desiste de tu manía: (Tratando de persuadirlo.)
miéntras dura la *jarana*,
me acompañas, y mañana...
mañana será otro dia.

MAN. Es verdad, y otro pasado.

MARÍA. (Concibiendo una esperanza.)
¿Te quedas?

MAN. No puede ser.

MARÍA. (Contrariada.) ¡Qué empeño!

MAN. Y el tuyo es ver
á tu novio deshonrado?

MARÍA. Manuel...

MAN. Si tú cuanto pasa
no quieres tener en cuenta,
vas á hacer que me arrepienta
de haber subido á tu casa.

MARÍA. Pero Manuel...

MAN. (Con firmeza.) No oigo *peros*.

(Se oye una descarga á no lejana distancia, y de vez en cuando tiros sueltos hasta terminar esta escena. Grito de María. Manuel coge el fusil, y se dispone á salir.)

MARÍA. (Deteniéndole.) ¡No salgas!

MAN. No me conoces:
esos tiros son las voces
que dan nuestros compañeros.

(La animacion de esta escena crece gradualmente.

MARÍA. ¡Por Dios! ¡que se están matando!
Ven: ¡esa lucha es horrible!
MAN. Te digo que es imposible;
¡no ves que me están llamando!
(Entusiasmado.) ¡Ya se enredó, por lo visto!
¡me voy á meter en fuego!
¡Soy más liberal que Riego,
y habrá la de Dios es Cristo!
MARÍA. (Haciendo el último esfuerzo por detenerle.)
El daño alcanza á los dos;
¡si te pegan un balazo!...
MAN. (Desasiéndose de las manos de María.)
¡Soy el pueblo! ¡Soy el brazo!
¡Soy la justicia de Dios!...
(Váse precipitadamente.)

ESCENA V.

MARÍA.

(Apesadumbrada.) Se marcha, los escalones
saltando de cinco en cinco.
Lleno de fé y entusiasmo
corre en busca del peligro...
no es la ambicion quien le guia,
¡que no le maten, Dios mio!
Pretendiendo retenerle
con mi deber he cumplido:
¡le quiero tánto!—Mis ruegos
desatendió... por lo mismo...
no sé... pero me parece...
no está aquí, y puedo decirlo:
al verle tan generoso,
se ha aumentado mi cariño!
(Se oyen más léjos nuevas descargas.)
¡Sigue la lucha!.. ¡Es posible
que muerto Manuel ó herido!...
Los hermanos se asesinan;
un padre mata á su hijo...

¿Qué importa? ¡Nada! ¡Entretanto,
huyendo el cuerpo al delito,
y diciendo «ahí queda eso»
se van de España tranquilos,
dejando un rastro de sangre
los que en el poder se han visto!
¡Maldita sea la política
que es causa de estos conflictos!

(Se deja caer en una silla: en este momento, pálido, agitado y sin sombrero, aparece D. Fernando. Al ruido que hace al entrar, María se levanta. Disgustada y con severidad.)

ESCENA VI.

LA MISMA y D. FERNANDO.

¡Otra vez!

FERN. Subo á esta casa,
para encontrar un asilo:
me persiguen.

MARÍA. De ese modo
será V. bien recibido. (Cierra la puerta.)

FERN. Cayó muerto mi caballo,
y no comprendo yo mismo,
cómo he podido salvar
la vida, cuando me he visto
cercado por todas partes
de furiosos enemigos.
Rota mi espada, no pude
seguir luchando, y el sitio
abandoné del combate,
pero, siempre perseguido,
un grupo de gente armada
refugiarme aquí me ha visto.

MARÍA. No importa: en esta buhardilla
puede V. estar tranquilo.

(Llaman á la puerta.)

FERN. ¿Oye V.?

MARÍA. ¿Quién llama?

1.ª VOZ. (Dentro.) El pueblo.
(Las voces de dentro con el acento de los hijos del pueblo de Madrid.)
FERN. ¡Miserable!..
(La severa mirada de María le impone silencio.)
MARÍA. (Con aparente calma.)
Qué ha ocurrido,
que sube el pueblo á estas horas
á mi casa.
1.ª VOZ. (Dentro.) Que hemos visto
esconderse á un militar,
á quien de cerca seguimos.
MARÍA. ¿En este cuarto?
2.ª VOZ. (Dentro, con aspereza, y dando un golpe con el fusil en la puerta.)
Abra V...
MARÍA. Pero...
2.ª VOZ. O la puerta derribo.
MARÍA. (Vivamente, reconociendo la voz y concibiendo una esperanza.)
¡Tomás!
2.ª VOZ. ¿V. me conoce?
MARÍA. Y V. á mí.
2.ª VOZ. ¡Qué borrico!
¿No se llama V. María?
MARÍA. Sí señor.
2.ª VOZ. Vámonos, chicos.
MARÍA. ¿Y Manuel?
2.ª VOZ. Sin novedad.
3.ª VOZ. ¿Nos vamos? (Con extrañeza.)
2.ª VOZ. Sí.
3.ª VOZ. No me explico...
¿Qué pasa?
2.ª VOZ. Que esta es la casa
de la novia de mi primo.
(A María.) Buenas noches.
MARÍA. Buenas noches.
¿Cómo anda el barrio?
2.ª VOZ. Tranquilo.
3.ª VOZ. (Alejándose poco á poco.)

¿Ves tú lo que yo decia?
¿A que por fin se ha escurrido?
1.ª VOZ. Entró en el número tres.
2.ª VOZ. Entró en el número cinco.

ESCENA VII.

MARÍA y D. FERNANDO.

MARÍA. ¡Respiro! Ya se han marchado.
FERN. ¡Gracias!
MARÍA. ¿A mí? No, á Manuel.
FERN. A los dos.
MARÍA. Si no es por él,
no sé qué hubiera pasado.
Ruego á V., pues nada hay ya
que sirva de impedimento,
que sin perder un momento...
FERN. ¿Me vaya?
MARÍA. Sí.
FERN. Pero habrá
gente apostada, y si advierte
que un militar...
MARÍA. No hay cuestion:
tiene V. mucha razon;
salir es buscar la muerte.
Y, sin embargo, no sé
cómo arreglar... si viniera
mi Manuel... y aquí nos viera...
francamente...
FERN. Yo me iré,
pues no quiero que por mí
sufra V. ningun disgusto.
MARÍA. No señor, eso no es justo,
y V. no sale de aquí.
(Deteniéndole por el brazo izquierdo.)
FERN. (Grito de dolor ahogado.) ¡Ah!
MARÍA. ¿Qué es eso?
FERN. Nada, nada.
MARÍA. ¿Tiene V. alguna herida?
FERN. No: es una bala perdida,

que ha sido por mí encontrada.

MARÍA. Y V., sin justa razon,
calla, y su dolor refrena...

FERN. Esto no vale la pena...
no es más que una contusion.

MARÍA. Quítese V. la levita.

FERN. ¿Para qué?

(Levantando la bocamanga y mostrando la muñeca.

MARÍA. (Viendo la contusion.) ¡Válgame Dios!

FERN. V. verá: entre los dos...

MARÍA. Yo sola.

(Saca de la cómoda un pedazo de lienzo blanco, que hace tiras, y figurando que lo moja en agua y vinagre lo aplica al sitio donde tiene el daño D. Fernando.)

FERN. No hay más bendita
mujer en el mundo entero.

MARÍA. Siéntese V. (Vendando la contusion.)
¿Duele?

FERN. Un poco.

MARÍA. ¡Vamos: ya está!

FERN. ¡He sido un loco!

MARÍA. ¿Un loco?

FERN. ¡Y un majadero!
Yo no comprendí que hubiera,
cuando la inferí un ultraje,
tanta honradez bajo el traje
de una pobre costurera.

MARÍA. En este asunto haga punto:
ya eso pasó.

FERN. ¡Merecía!...
Perdóneme V., María.

MARÍA. No hablemos más de este asunto.
Vuélvase V. á sentar.

(Le ofrece una silla junto á la mesa.)

FERN. (Sentándose.) Sí señora: estoy cansado.

MARÍA. Las fuerzas que ha malgastado
debe V. recuperar.

FERN. Tengo sed.

MARÍA. (Maliciosamente.) ¿No más?

FERN. Y pido,
si incomodo, mil perdones.
(Viende el cesto que María pone sobre la mesa.)
¿Qué es esto?
MARÍA. Son provisiones,
que mi Manuel me ha traido.
Coma V., teniendo en cuenta,
si el manjar no es delicado,
que es pobre quien lo ha comprado.
Así y todo, representa,
regalo que es tan sencillo,
el sudor de una semana;
¡tal vez se quede mañana
sin comer el pobrecillo!
¿Llora V.?
FERN. (Conmovido.) ¡Hijo es mi lloro
de un sentimiento profundo;
que hay acciones en el mundo
que no se pagan con oro!
MARÍA. (Con ingenuidad.) Soy franca: yo no creia
que pudiera dar pretesto...
porque entre los pobres, esto
es el pan de cada dia.
Vamos. (Animándole á que coma.)
FERN. Dispénseme V.
MARÍA. Dá el alimento vigor.
FERN. Gracias.
MARÍA. Un poco, señor.
FERN. Si no tengo más que sed.
MARÍA. Siendo así, no insisto. Ahora
descanse V. un momento:
en ese humilde aposento
hay una cama.
FERN. Señora,
me abruma tanta bondad.
(Fernando entra en la alcoba, cuyas puertas deja cerradas.)
MARÍA. Con mi deber he cumplido;
miéntras duerme allí el herido,
vela aquí la caridad.

¡Siento más grande alegría,
salvando á ese desdichado,
que si me hubiera tocado
un premio á la lotería!

ESCENA VIII.

MARÍA y MANUEL.

MAN. (Llamando.) Abre: soy yo.
MARÍA. ¡Dios nos valga!
(Vuelve á llamar Manuel.)
¿Quién es?
MAN. Yo. (María abre la puerta.)
Por las rendijas
de la puerta ví la luz,
y dije, no está dormida,
y llamé.
MARÍA. En este momento
iba á acostarme.
MAN. (Muy contento.) María,
triunfo completo... hasta ahora.
MARÍA. (Contemplando el desórden del traje de Manuel, y las manos y una parte del rostro ennegrecidos por la pólvora.)
¡Cómo vienes!
MAN. ¿Qué creias?
¿que iba á venir con el pelo
rizado, y con la tirilla
almidonada? Pues floja
ha sido la tremolina,
para andarse con melindres:
las piedras echaban chispas.
Gracias que no me han herido,
que es lo esencial; pero, chica,
¿estás séria?
MARÍA. ¿Yo?
MAN. ¿Qué tienes?
¿No te agrada la noticia?

MARÍA. Ya he preguntado por tí.
MAN. ¿A quién?...
MARÍA. A Tomás.
MAN. Pues iba
persiguiendo á un pajarraco...
pero cómo... á ver, explica...
¿dices que á Tomás has visto?
(Señal afirmativa de María.)
¿Cuándo?
MARÍA. Subió á esta buhardilla
hace un momento.
MAN. (Breve pausa.) ¿Aquí ha entrado
alguien?
MARÍA. No.
MAN. Me ofenderia
que la verdad me ocultaras.
MARÍA. ¿Qué verdad? (¡Sospecha!)
MAN. (Dando otro giro á la conversacion.)
Mira,
las balas son pepinillos,
que dan un hambre canina,
y si quieres, cenaremos:
en otra ocasion seria
ménos atrevido; ahora,
la necesidad me obliga.
MARÍA. No tengo gana.
MAN. (Viendo las provisiones sobre la mesa.)
¡Está claro!...
(Cogiendo la botella del vino, y viendo que tiene ménos de lo que él trajo.)
¿Pero es que ha vuelto tu prima?
MARÍA. No.
MAN. Como tú solamente
bebes agua, y Lola empina
el codo, al ver la botella
me pareció...
MARÍA. ¿Ya te olvidas
de que ha estado aquí Tomás?
MAN. ¿No te dijo á qué venia?
MARÍA. A ver si encontraba...

MAN. (Mirando fijamente á María.) ¿A quién?
MARÍA. A un militar.
MAN. Pues la pista
yo no sé cómo ha perdido,
porque, segun mis noticias,
por poco no le echa mano:
pero al revolver la esquina
de esta calle, se le fué...
á que á mí no se me iba...
MARÍA. (Con el propósito de que Manuel no siga.)
¿Tú has visto á Tomás?
MAN. No: he visto
á un amigo que venia
con él, y este me ha contado...
yo no tengo malas tripas;
pero, ¿qué quieres?... me escuece
que no le diera...
MARÍA. ¡No sigas!
MAN. ¿A que salimos ahora
con que tú protegerías
á ese militar?
MARÍA. Lo mismo
que á otro cualquiera.
MAN. Seria
tu empeño mayor por ese:
y puesto que á hablar me obligas,
te diré, que yo he matado
en la plaza de la Villa
el caballo que montaba,
y si pronto no se quita
de enmedio, sin que lo viera,
ni á tí más te seguiria,
tratándome de robar
tu cariño, que es mi vida,
ni contra mis compañeros
otra espada romperia.
MARÍA. ¿Tú sabes?
MAN. Yo lo sé todo:
soy prudente, y por la misma
razon no he querido nunca
decirte nada.

MARÍA. ¿Y serias
capaz?...
MAN. Oyeme: no quiero
mentir, porque la mentira,
si contigo la emplease,
indigno de tí seria.
MARÍA. (Con sentimiento.)
(¡Yo en cambio!)
MAN. (Animándose cada vez más el diálogo.)
Tal es mi rabia,
tal el ódio que me inspira
ese jóven, que aquí mismo,
si lo viera...
MARÍA. (Con severidad.) ¡No!
MAN. (Sorprendido.) ¡María!
MARÍA. ¡No sabes lo que te dices!
Si hubiera en esta buhardilla
penetrado...
MAN. ¡Lo mataba!
MARÍA. ¡No! Primero pasarias
sobre mí!
MAN. ¿Qué estás diciendo?
MARÍA. Que me avergüenza y me indigna
saber que el hombre á quien amo,
y que á ser mi esposo aspira,
es capaz de cometer
una infame cobardía!
MAN. ¡Tú quieres volverme loco!
MARÍA. ¡Lo está quien así delira!
Desarmado tu contrario,
y tú con armas, ¿qué harias?
MAN. ¡Es verdad! (Confundido.)
¿Qué habia de hacer?
¡He dicho una tontería!
El amor me vuelve bruto,
y la gloria me alucina.
Por qué habré sido tan... vamos,
dáme tu mano, María,
y pelillos á la mar. (María le dá la mano.)
MARÍA. Saliendo de aquí, ¿tu vida
no corre ningun peligro?

MAN. ¿Quieres ya que...
(Indicando que si María quiere que se vaya.)
MARÍA. No. Debia
de haber cobrado esta noche,
porque el casero me obliga
á que le pague mañana...
MAN. (Sacando un duro.)
Yo puedo ofrecerte... mira,
tengo un duro... esto me queda
de mi jornal.
MARÍA. ¿Tú podrias
hacerme un favor?
MAN. ¿Prestártelo? (Ofreciéndoselo.)
MARÍA. No: llevar á la modista
para quien coso, este traje.
(Se lo da envuelto en un pañuelo de seda.)
MAN. Ya sé, á doña Carolina.
MARÍA. Te entregará cuatro duros.
MAN. ¿Y te los traigo enseguida?
Conforme.
(Cogiendo el fusil, y disponiéndose á salir.)
(Parándose de pronto.) Pero la tienda
estará cerrada, chica.
MARÍA. Eso no importa.
MAN. ¿No?
MARÍA. Llamas:
en el entresuelo habita
la dueña.
MAN. Entónces... (Dirigiéndose á la puerta.)
MARÍA. La dices...
MAN. (Sintiendo que lo crea tan torpe.)
Comprendo: que necesitas
cobrar, que perdone, etcétera.
MARÍA. ¡Pues!... Aguarda.
(Cogiendo la gorra que Manuel se dejó sobre una silla.)
MAN. ¿Qué se olvida?
MARÍA. Que al ver el fusil y el traje
que llevas, no te abriria.

MAN. Es verdad.

(Dejando el fusil en un rincon, y quitándose la blusa, debajo de la cual llevará una chaqueta.)

MARÍA. ¡Es tan miedosa!

(Manuel se pone la gorra que le dá María, y deja el képis con la blusa.)

No tardes mucho.

MAN. Descuida. (Váse.)

MARÍA. (Cerrando la puerta.)

A mentir como he mentido
las circunstancias me obligan:
esta es la primera vez
que lo he engañado en mi vida.

ESCENA IX.

LA MISMA y D. FERNANDO, que ha aparecido á las últimas palabras de María.

FERN. Noble engaño y generoso,
que me sorprende y me admira,
y que, aunque á todo me exponga,
no quiero que se repita.

MARÍA. ¿Dónde vá V?..

(Atajando el paso á D. Fernando, que insiste en salir.

¡Imposible,
ó todo inútil seria!

FERN. La gratitud me aconseja
que salga de aquí enseguida.
Si vuelve Manuel...

MARÍA. Tenemos
tiempo, si se desperdicia...
entónces...

FERN. ¿Qué quiere V?

MARÍA. Que se ponga V. encima
del uniforme esta blusa. (Cogiendo la de Manuel.)

FERN. (Sorprendido.) Pero...

MARÍA. Es preciso.

FERN. ¡María!...

MARÍA. Este es el solo favor,
si de favores soy digna,
que pido á V.
FERN. V. manda.
MARÍA. Quieto...
(Ayudando á D. Fernando á ponerse la blusa.)
que V. todavía
no puede hacer cuanto quiere.
FERN. El dolor me mortifica...
MARÍA. Pues por eso...
(Dándole el kepis, que D. Fernando conservará en la mano hasta el momento de salir.)
Tome V.
FERN. ¿Y si Manuel averigua,
que estas prendas han servido
para salvarme?
MARÍA. Sería
injusto que no supiera...
FERN. ¿Quién se lo dirá?
MARÍA. Yo misma,
porque estando V. en salvo,
ya nada á mentir me obliga.
FERN. He aprendido en una noche,
más que en diez años, María.
Contra ejército extranjero
daré cuanto se me pida;
pero romperé mi espada,
si en nuevas luchas políticas
se pretendiera mezclarme
con evidente injusticia;
y juro que contra el pueblo,
no he de sacarla en mi vida,
pues más virtud hay abajo,
que fraternidad arriba!
MARÍA. Un momento. (Escucha si alguien sube.)
Nadie sube:
salga V.
FERN. (Estrechando una mano de María.)
¡Gracias, María!

ESCENA X.

MARÍA.

(Esta permanece un momento prestando atencion en la puerta de la escalera. Despues de lijera pausa.)
Se aleja. Tan sólo Dios
sabe lo que yo he sufrido!
¿Qué hubiera aquí sucedido
si aquí se encuentran los dos?
Vuelve mi tranquilidad,
y me parece mentira
que mi corazon respira
con entera libertad.
Dándome yo el parabien,
nada á mi contento iguala;
¡no sé cómo hay gente mala,
cuando es tan bueno hacer bien!
Manuel... (Reflexiona ligero momento.
sin razon me hiere
con sus injustos recelos;
¿pero quién no tiene celos
queriendo como él me quiere?
Si en la verdad vé un agravio,
¿cómo remedio pusiera?... (Reflexionando.)
aunque callarla quisiera
se escapará de mi lábio.
Todo se lo contaré;
mas, si se enoja conmigo...
Su enojo será el castigo
que á mí propía me impondré.
¿Há poco no lo he engañado?
Pues debo tener paciencia:
que sufra la penitencia
quien es capaz del pecado.
¡Sube! (Oyendo pasos en la escalera.)
(María abre.)

ESCENA XI.

MARÍA y MANUEL.

MAN. (Entrando.) Qué mal hice en ir!
MARÍA. (Viendo que trae el lio que llevó.)
¿No estaba allí la maestra?
MAN. He llamado hasta en la muestra,
y no me han querido abrir.
Tu disgusto considero.
MARÍA. Diré al casero que aguarde.
MAN. Y volverá por la tarde,
porque es muy chinche un casero.
MARÍA. ¿Se apaciguó la tormenta?
MAN. Por el pueblo, apaciguada.
MARÍA. ¿Y la tropa?
MAN. Acuartelada.
MARÍA. ¿Se ha batido?
MAN. Descontenta.
Su bravura es sin igual,
pero es claro como el sol,
que el ejército español
siempre ha sido liberal.
Ahora, en medio del sosiego,
y cumpliendo bien su oficio,
vá la banda del Hospicio
tocando el himno de Riego.
Comprenderás mi impaciencia,
tú, que tan bien me conoces,
por dar unas cuantas voces
que no tengan trascendencia. (Con malicia.)
Pero dónde está... no encuentro
mi blusa... aquí la dejé,
cuando aquí me la quité...
¿Te la has llevado allá dentro?
(Señal negativa de María.)
¿La has metido en un cajon?..
(Señalando la cómoda.—Señal negativa de María.)
¿Te ha servido y la has deshecho?..
(Sigue negando María.)

Dime entónces lo que has hecho
con ella...

MARÍA. Una buena accion.

MAN. Hazme el favor de explicar,
pues no comprendo...

MARÍA. Ha servido
para salvar á un herido.

MAN. ¿Paisano?

MARÍA. No: militar.

MAN. ¿Militar, que ha estado aquí,
miéntras yo no me atrevia
sin tu permiso?... María...
(Concibiendo de pronto una idea.)
¿Ha sido ese jóven?..

MARÍA. Sí.
(La animacion y el calor de esta escena crece á medida que avanza.)

MAN. ¡Me has engañado, y mereces!...
No, no, yo he entendido mal...
¿Has dicho que ese oficial
entró en tu casa?...

MARÍA. Dos veces.

MAN. Luego cuando vine aquí,
y hablé contigo há un momento...

MARÍA. Estaba en ese aposento.
(Señalando la habitacion de la izquierda.)

MAN. ¡Mentiste, y yo te creí!..
¡Salgo á cumplir tu deseo,
y me engañas á traicion,
porque, en mi ciega pasion,
hasta en tus mentiras creo!
¡Nunca he visto infamia igual!...

MARÍA. ¡Manuel, me estás ultrajando!

MAN. ¿No ha estado contigo hablando
en tu casa, ese oficial?...

MARÍA. Con mi deber he cumplido
sin olvidarlo un instante;
lo rechacé como amante,
y lo acogí como herido.

MAN. Quien se fia de mujeres

mal hace. En esta ocasion,
qué prueba tu compasion?

MARÍA. Que soy buena. (Volviendo por su dignidad.)

MAN. ¡Que le quieres!

MARÍA. ¿Y te atreves á decir?...

MAN. ¿Dónde está tu consecuencia?

MARÍA. Te lo dirá tu conciencia
que sin hablar se hace oir!

MAN. Basta ya. Me has engañado.

MARÍA. Porque temí...

MAN. (Interrumpiendola.) Y juro á Dios,
que de hoy más... entre los dos
(Con la voz velada por el sentimiento.)
queda todo terminado.

MARÍA. Eres injusto, Manuel.
(Se sienta en una silla y rompe á llorar.)

MAN. ¡Silencio! (Aplicando el oido á la puerta.)
¿No escuchas? ¡Sí!
Alguien viene, y viene aquí...

MARÍA. (¡Dios mio!)

MAN. ¡Si fuera él!...
(Coje vivamente el fusil.)

MARÍA. (Deteniéndolo.)
¡Manuel, no soy acreedora
al rigor con que me tratas;
si soy culpable me matas;
pero ten prudencia ahora!
(Le quita el fusil, y miéntras ella lo deja donde estaba, Manuel abre la puerta, en la que aparece Antonio con traje de hombre del pueblo. Trae un pañuelo de seda, y dentro la blusa y el képis de Manuel, una carta cerrada y una cartera.)

ESCENA XII.

DICHOS y ANTONIO.

MAN. ¿A quién busca V.?

ANT. ¿No vive
aquí una jóven modista?

MAN. ¿Cómo se llama?
ANT. Me han dicho
su nombre no más, María.
MARÍA. Yo soy.
ANT. ¿No ha estado esta noche
en esta casa, escondida
una persona?
MARÍA. ¿V. viene
de su parte!
ANT. Ella me envia,
encargándome que diera
este pañuelo á V. misma.
MARÍA. ¿A mí? (Con extrañeza.)
MAN. (Con amarga ironía.) Puede V. tomarlo.
ANT. Lo que viene está á la vista;
es un képis y una blusa.
MARÍA. (Despues de mirar á Manuel.)
Déjelo V. allí encima. (Señala la cómoda.)
ANT. (Despues de dejar el pañuelo.)
Buenas noches.
MARÍA. Buenas noches.
(Manuel se dirige á la cómoda, y dando á comprender que aún duda, registra las prendas.)
MAN. ¡Ah, no me he engañado! ¡Mira!
(Muestra la carta y la cartera.)

ESCENA ÚLTIMA.

MARÍA y MANUEL.

No me dirás que no es harta,
aunque sufro, mi paciencia.
MARÍA. Tranquila está mi conciencia:
puedes leer esa carta.
MAN. (Abre la carta, y creyendo encontrar en ella la justificacion de su sospecha, comienza á leerla con agitacion, que se calmará á medida que avanza en la lectura, llegando á revelar por el sentimiento que de él se apodera, y por su acento, que se encuentra conmovido.)

«A mi vida estaba unida
la de mi madre querida;
debo á V. mi salvacion,
y la pobre, agradecida,
manda á V. su bendicion.
No en la calle un solo instante
mi valor ha decaido:
V. despues me ha rendido,
menospreciando al amante
y socorriendo al herido.
(Enjuga furtivamente una lágrima.)
Diera á V., aunque mi hacienda
no es mucha, mi hacienda toda;
por lo tanto, no se ofenda,
si la remito una ofrenda
como regalo de boda.
No es justo que su reposo
llegue V. á ver perdido:
Manuel, amante y celoso,
debe de estar orgulloso
con la mujer que ha elegido.»
(Pausa.)

MARÍA. (Acercándose á Manuel.)
Si callas, ¿quién hablará?
(Manuel permanece confundido y silencioso.)
¿Tendré que desenojarte?

MAN. No me atrevo ni á mirarte
de vergüenza que me dá.
(Le entrega la carta y la cartera.)

MARÍA. Quien esta carta me escribe
oyó hablar de mis apuros,
y aquí manda...
(Abre la cartera, que contiene 2.000 duros en billetes del Banco de 4.000 reales.)
dos mil duros:
(Todo esto muy natural.)
como no sé donde vive
no los puedo devolver.

MAN. ¿Sabes su nombre?
(Como facilitando un medio para que María realice su idea.)

MARÍA. Lo ignoro.
MAN. ¡Para un pobre es un tesoro!
MARÍA. Por lo mismo...
MAN. ¿Y qué has de hacer?
(Viendo que no es posible devolver el dinero.)
MARÍA. Un solo temor me asalta,
que para mí es lo primero;
pobre soy; mas nada quiero,
si tu estimacion me falta.
MAN. ¡Nunca! Y en esta ocasion
yo soy quien, arrepentido,
arrodillarme he debido
para pedirte perdon.
Celos tuve, y por lo ménos
debieran darme cien palos,
que los celos hacen malos
á los hombres que son buenos.
Yo no sé lo que daria
por borrar lo que ha pasado.
MARÍA. Manuel, estás perdonado.
MAN. ¡Eres un ángel, María!
Y juro que tu reposo
no has de ver comprometido,
porque amante, y no celoso,
me encuentro más que orgulloso
con la mujer que he elegido!

FIN.

OBRAS

DE

DON JOSÉ MARÍA NOGUÉS,

REPRESENTADAS EN LOS TEATROS DE MADRID.

GENARO EL GONDOLERO.—Drama lírico en tres actos y en verso.

ESTAFETA DE AMOR.—Zarzuela en un acto y en prosa.

ARMAS IGUALES.—Zarzuela en un acto y en verso.

UNA MADRE.—Drama en cinco actos y en verso.

ORO, ASTUCIA Y AMOR.—Zarzuela en tres actos y en verso.

LA FUENTE MILAGROSA.—Apropósito cómico-fantástico, en un acto y cuatro cuadros.

AL AÑO DE ESTAR CASADO.—Comedia en un acto y en verso.

DOS INICIALES.—Juguete cómico en un acto y en verso.

UN TENORIO MODERNO.—Zarzuela en un acto y en verso.

VER VISIONES.—Comedia en un acto y en verso.

¿CON QUIÉN CASO Á MI MUJER?—Juguete cómico-lírico, en tres actos y en verso.